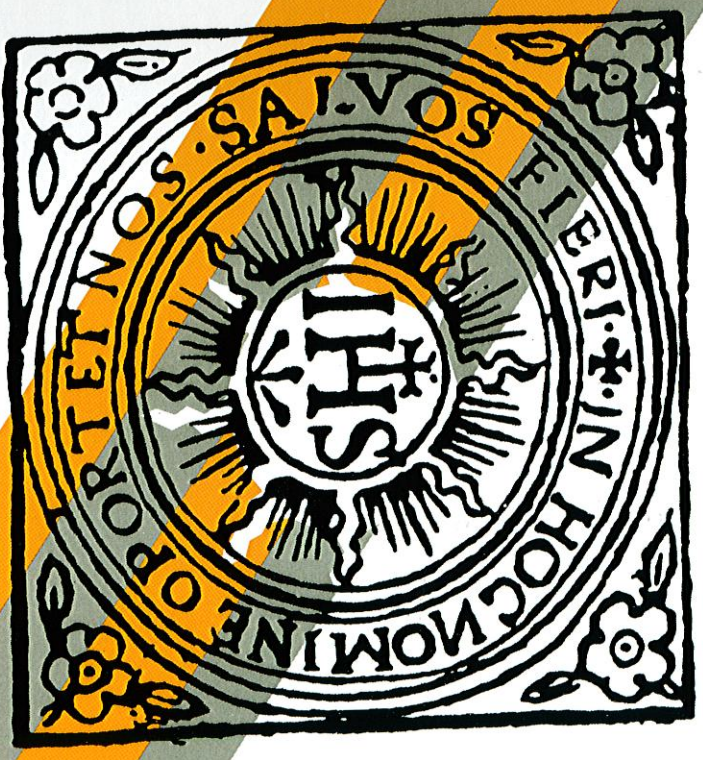


DICCIONARIO DE
ESPIRITUALIDAD
IGNACIANA
Grupo de Espiritualidad
Ignaciana (GEI)



DICCIONARIO DE
ESPIRITUALIDAD
IGNACIANA

37

A-F

MENSAJERO · SAL TERRAE

**Grupo de Espiritualidad Ignaciana
(GEI)**

**DICCIONARIO
DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA**

(A-F)

Director

José García de Castro

Editores

Pascual Cebollada
J. Carlos Coupeau
Javier Melloni
Diego M. Molina
Rossano Zas Friz

2007

Ediciones



Mensajero



Sal Terrae

mientos de esa opción, quizá originada en antiguas experiencias de frustración o carencias. El sujeto tampoco puede reconocer que, para pensar y contar las cosas desde su perspectiva, utiliza mecanismos de defensa tales como la represión, el aislamiento, la compensación, la formación de la reacción, la racionalización, la identificación, incluso el uso defensivo de la sublimación.

3. "Quitar de sí toda afición desordenada". El texto ignaciano y la práctica de los Ejercicios reiteran que no es posible hacer elección recta con previa a, por lo que hay que "quitar" toda afición de este tipo antes de elegir estado o reformar la propia vida [Ej 1]. Pero este propósito puede encontrarse con dos problemas: por un lado, la resistencia enorme que opone la a. a la comprensión intelectual y a la diferencia afectiva; por otro lado, que parece se origina por necesidades psíquicas naturales que parecen irrenunciables. El libro de los Ejercicios ofrece una pedagogía de terminada para esta tarea, propuestas que quizá hoy se pueden entrecruzar con la mirada o sabiduría que nos ofrece la antropología.

3.1 La afición se discierne sólo con ayuda de otra persona. El que da al ejercitante "modo y orden" le puede impedir entrar en elecciones cuando no reconozca en él las disposiciones adecuadas de indiferencia y segundo grado de humildad (D1, 17). El que acompaña usa el consejo y sugerencia [Ej 7.14], la interpretación de sus resistencias y engaños [Ej 10], e incluso algún grado de confrontación [Ej 6].

3.2 La afición se reconoce y se examina. Se requiere la conciencia de a, sentir su fuerte presencia, para examinarla y verificar su fuerza

e importancia, mediante el examen minucioso [Ej 338.342].

3.3 La afición se confronta, viniendo al contrario. Tras reconocer esa presencia, se propone "atrasearse al contrario" [Ej 16], disponerse a renunciar a lo apetecido hasta el punto de cambiar la decisión, al menos metodológicamente, en la dirección contraria a la de la a, haciendo que la indiferencia afectiva sea manifestada en la libertad efectiva respecto al objeto de la a, aun- que siga la afición misma [Ej 155].

3.4 La afición se pone en manos de Dios. Es Dios quien ordena el deseo, cambiando la centralidad de la motivación [Ej 16], pero con la cooperación necesaria del ejercitante, que puede "pedir en los coloquios (aunque sea contra la carne) que el Señor le elija" [Ej 157]. La atracción de los valores divinos (el afecto y amor ordenado) hacen llevara la renuncia humana, pues "en el tiempo de la consolación es fácil y leve" todo [Ej 13].

3.5 La afición puede ordenarse sin desaparecer. No depende del ejercitante sentir o no sentir la atracción; quizá no es posible, ni siempre necesario, hacer desaparecer un apego. El ejercitante que se sabe vulnerable a una imagen no realista de sí [Ej 58-60], y pide durante todos los Ejercicios ordenarse en todo [Ej 46], podría reconocer sus pulsiones sin darles entero crédito. La fuente del desorden, que está en las tendencias o necesidades humanas radicalmente centripetas, no desaparece; pero sí puede cambiar el crédito que se les da, puede disminuir su valor simbólico, y por eso su importancia motivacional.

Ignacio busca favorecer la libertad interna del ejercitante ante la elección; pero no imagina en modo alguno, ejercitantes desafectados.

La solución ignaciana a la afición desordenada no será principalmente la de disciplinar los movimientos sensitivos y afectivos, sino más bien la de integrar y ordenar a la persona entera para que "pueda en todo amar y servir a su divina majestad" [Ej 233], pues cualquier cosa que nos puede afectar es susceptible de ser amada en el Creador de todas ellas [Ej 316].

Luis M^o GARCÍA DOMÍNGUEZ, SJ

7 Afecto, Binarios, Deseo, Discernimiento, Engaño, Libertad, Orden/Desorden, Operaciones, Pecado, Primera Semana, Voluntad.

Bibl.: BOJORGE, H., "Absalón, hijo mío! El duelo de David como ejemplo de afición desordenada", *Boletín de Espiritualidad* 147 (1994) 8-15; CALVERAS, J., "Técnicos expianados I. Quitar de sí todas las aficiones desordenadas", *Mam* 1 (1925) 25-42; 118-128; 307-320; *Mam* 2 (1926) 21-34; 119-132; 201-215; 322-332; *Mam* 3 (1927) 12-29; 112-129; *Mam* 5 (1929) 124-141; CORELLA, J., "Dinámica del desojo y aficiones desordenadas en el proceso de los Ejercicios Espirituales", *Mam* 66 (1994) 147-160; DOMÍNGUEZ MORRANO, C., "Ordenación de la afectividad y mecanismos de defensa", en *Psicología* 1, 109-140; *Psicodinámica de los Ejercicios ignacianos*, M-ST, Bilbao-Santander 2004, 139-235; ID., GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M^o, *Las aficiones desordenadas. Injerto del subconsciente en la vida espiritual*, M-ST, Bilbao-Santander 1992; ID., "Qué son las aficiones desordenadas para Ignacio y cómo leerlas hoy desde la psicología", en *Psicología* 1, 94-107; MEURIS, F., "Sich frei machen von allen ungerordeneten Anhänglichkeiten", en *KStEx* 35 (1985) 2-69.

APECTO

1. Afecto y afectar en los textos ignacianos. Un recorrido por los textos ignacianos nos permite una primera aproximación a este concepto. El sustantivo a. aparece diecisiete veces en los textos recogidos en la *Concordancia ignaciana*, diez de ellas en los Ejercicios y cuatro en el *Diario*

espiritual. El a. hace referencia a la facultad volitiva, una parte o potencia del alma humana sede de la actividad y de las pasiones, pero también lugar de la decisión libre y de la práctica de la virtud. S. Ignacio desea en el Preposición General de la C] este a. en el grado más perfeccionado posible [Co 724]; y procura que los estudiantes jesuitas, al terminar su larga y árida formación académica, "insistan en la escuela del afecto" durante su tercera probación, ejercitándose en la virtud mediante obras espirituales y corporales de humildad y caridad [Co 516].

Esta facultad humana de la sensibilidad afectiva y de la volición, por lo tanto, se puede y se debe implicar en la relación con Dios (más bien que los razonamientos), de modo que la tradición espiritual ha entendido muchas veces en este sentido (por ejemplo Francisco de Sales o Vicente de Paul) las "afeciones" espirituales como oración afectiva y directa. Es claro que San Ignacio invita al ejercitante, concretamente en las meditaciones con las tres potencias de la Primera Semana, a orar y ejercitarse "moviendo los afectos con la voluntad" [Ej 50], y procurando llegar a una "exclamación admirativa con crecido afecto" por la misericordia que siente de parte de las criaturas y de Dios mismo [Ej 60]. Un a. que brotará del mismo ejercitante al terminar sus Ejercicios, "ponderando con mucho afecto" cuánto ha hecho Dios por él y cuánto desea aún comunicarse, por lo que le responderá generosamente, "affectándose mucho" [Ej 234].

Esto es lo que Ignacio mismo hace en su oración particular, tal y como queda reflejada en el *Diario espiritual*; en él, por ejemplo, aparece su a. hacia nuestra Señora, o a.

agradecido por su elección confirmada, a. en la "loquela", así como lo experimentará con lágrimas o sin ellas (cf. [De 3.47.286.224]). De modo que el alma humana llena de a. se puede dirigir a Dios con más libertad y generosidad en su oración y en sus obras; y hay autores que favorecen este movimiento interior, como los "doctores positivos", de los que es propio "mover los afectos para en todo amar y servir a Dios nuestro Señor" [Ej 363]. Las pocas citas encontradas en el epistolario ignaciano con este sustantivo suelen tener este sentido del a. puesto en el servicio de Dios, en la predicación o en el "afecto de caridad" hacia personas [Epp I, 163; IX, 525; XII, 386].

Pero en el mismo *Epistolario* aparece alguna vez aludiendo a esa facultad humana que se puede engañar y llevar tras de sí al entendimiento en ese engaño (cf. [Epp XII, 641]); pues, ciertamente, al tratarse de la operación de una potencia o facultad humana, el a. puede desordenarse. Y en ese sentido de "afecto desordenado" lo utiliza Ignacio en seis citas, todas ellas en la mediación de tres Binarios [Ej 153.154.155.157].

Por lo que hace a la forma verbal, "afectar" aparece dieciséis veces en los textos de la *Concordancia ignaciana*, de las cuales doce en los *Ejercicios*, dos en la *Autobiografía*, una en el *Diario espiritual* y ninguna en las *Constituciones*; también hemos encontrado tres citas en el *Epistolario*. Puede tener un primer sentido más bien pasivo de verse una persona inclinada a algo, sea ordenadamente (cf. [Ej 16]), sea ordenadamente como es a cumplir con más frecuencia (cf. [Ej 18]); en la *Autobiografía* se emplea en sentido de personas movidas o tocadas internamente por el testimonio de Igna-

cio. Pero el verbo aparece más frecuentemente en un segundo sentido activo de "afectarse", de usar los actos de la voluntad en la oración (cf. [Ej 3; De 63]), de a. en la dirección contraria a la mala inclinación (cf. [Ej 16]), de a. a la indiferencia (cf. [Ej 166]), a la persona o la "vera doctrina" de Jesucristo [Ej 97.169], o a. en el ofrecimiento libre de la propia persona a Dios (cf. [Ej 234]). En este mismo sentido de amor activo hacia personas aparece en el *Epistolario* el verbo "afectar" (cf. [Epp I, 80; II, 252; XII, 398]). De modo que el uso ordinario de este verbo en sentido espiritual es el de un a. empleado y puesto en la dirección ordenada. Y únicamente en un pasaje, en una anotación de los *Ejercicios*, se utiliza este verbo tres veces describiendo a la persona "afectada y inclinada a una cosa desordenadamente", lo que equivale a estar "mal afectada", por lo que se la invita a "afectarse al contrario" [Ej 16].

"Afección" es un sustantivo que no se usa en los *Ejercicios*; aunque sí aparece seis veces en las *Constituciones* y dos en la *Autobiografía*. Parece tener el sentido de atracción espontánea y natural, como la "afección carnal" a la familia, o la afección a otras personas, al estudio, a lugares, a lecturas. Los textos utilizan esta palabra en el contexto del desorden que se puede producir posteriormente en el que experimenta tal atracción, si no es capaz de cambiarla de cualidad. Eso es lo que hace el mismo Ignacio peregrino, que renuncia a llevar compañía alguna porque la natural afección que le suscitaría "la querría tener en solo Dios" [Au 35]. Por lo tanto, las *Constituciones* invitan a cambiar aquella "afección carnal" hacia la familia en una afección "espiritual" [Co 61]; previenen contra la afección a autores poco apropiados (cf. [Co

359.465]); alertan respecto al candidato a hermano jesuita que, por su afección al estudio o al sacerdocio, quizá a la larga no estará sosegado en su primera vocación (cf. [Co 150]). También se podrá "descender con una ternura de afección a lugares particulares" en la aplicación de los bienes renunciados [Co 258], o tener la inclinación desordenada a dimitir a alguno de la Compañía (cf. [Co 222]). Por lo tanto, "afección" es un amor o inclinación natural que se puede desordenar, pero que se puede también reconducir.

Parecida ambivalencia encontramos en el uso del verbo "aficionar" (dos veces en *Ejercicios*, dos en *Constituciones*, dos en la *Autobiografía*, una en un *Directorio* ignaciano), que puede significar la atracción legítima a sus lecturas devotas (cf. [Au 6]), el interés de personas buenas hacia Ignacio peregrino (cf. [Au 43]), el sentimiento favorable hacia el Instituto de la C[on] en sus candidatos a hermanos (cf. [Co 148.156]). Pero estar afeccionado también alerta sobre la inclinación sospechosa hacia personas a las que uno quiere favorecer, y que por lo mismo es necesario discernir con mucho cuidado mediante el uso de las Reglas de limosna (cf. [Ej 338.342]).

"Afección" parece bastante semejante a "afición"; se refiere al amor que se tiene a una cosa o persona, amor particular que mueve a elegir o a favorecer, es un interés, inclinación o impulso. La palabra aparece once veces en los *Ejercicios*, una en la sección italiana de la *Autobiografía*, y dos en el *Epistolario*; el verbo "afectionarse" no existe en S. Ignacio. El sustantivo "afección" se usa casi siempre adjetivado como "afección desordenada" [Ej 1.16.21.150.155.169.172.179.342; Epp V, 418], aunque en otros textos pue-

de también tener un sentido positivo de inclinación hacia la religión o la Compañía (cf. [Epp VIII, 501.666; X, 487; XII, 453]); pero la expresión "afección ordenada" no aparece nunca en Ignacio.

2. *Importancia y ambivalencia de la afectividad*. La importancia antropológica y espiritual de estas dos palabras en Ignacio parece relativizarse un tanto si consideramos que utiliza otras muchas expresiones para referirse al mundo afectivo. Pero, por otro lado, el sentido de "afecto-afectarse" adquiere peso al considerar la enorme importancia que la afectividad tiene en la antropología y espiritualidad ignacianas y, concretamente, en el momento de toda decisión. Efectivamente, son muchas las expresiones con que Ignacio se refiere a aspectos afectivos o volitivos de cualquier persona; palabras que Ignacio utiliza y que nosotros debemos tener de alguna manera presentes, pues nos indican que la terminología ignaciana en torno a la afectividad es muy rica y variada; que cada expresión puede acentuar registros distintos de la experiencia interior; y que solamente mirando al conjunto podremos percibir los matices y acentos de cada una de las expresiones de un Ignacio que pule sus escritos y busca la expresión más adecuada para cada matiz.

Vocabulario rico y también importante. Este mundo afectivo, en sentido amplio, tiene un enorme peso en el conjunto de la antropología ignaciana subyacente en los *Ejercicios* o las *Constituciones*. Como tiene una fuerza que admira al lector su presencia en la vida interior del mismo Ignacio, tal y como nos es mostrada en el *Diario espiritual*. Y es que Ignacio, que está muy lejos de tener un mundo interior insensiblemente frío y cerebral, utiliza en

su pedagogía espiritual muchos recursos afectivos, riqueza afectiva que desea y educa en la persona comprometida apostólicamente. Y por lo que respecta más directamente a nuestras dos palabras ("afecto"-,"afectarse"), esta importancia de la afectividad se acrecienta al percibir la enorme influencia del a. en toda decisión humana, sea ordenada o desordenada espiritualmente. Es en el análisis del proceso de la decisión humana donde se entiende mejor cada expresión y la función de cada operación humana, incluidas las afectivas, en su camino hacia Dios.

Nos hemos referido a una antropología ignaciana subyacente, que los estudiosos perciben reflejada en sus escritos y que deriva, sin duda, de las diversas influencias culturales recibidas por S. Ignacio a través de la catequesis y predicación que él escuchó antes de su versión, de sus lecturas espirituales tan representativas de la *Devotio Moderna*, de sus conversaciones con otras personas espirituales, y finalmente, de la aportación teórica y sistemática (aunque ideológicamente plural) de sus estudios unitarios. Según el resultado de su sintaxis personal, que él no presenta sistemáticamente en ningún escrito, el mundo afectivo es absolutamente constitutivo del sujeto humano y como tal irrenunciable; y, aunque es fuente de posible desorden en las personas, en definitiva no sólo es necesario, sino perfeccionador de las otras operaciones y acciones humanas. La dimensión afectiva y volitiva (sentimental, emotiva, tendencial) es por eso muy característica de la antropología y de la espiritualidad ignaciana; pero de hecho se puede insertar en la relación humana con las cosas (y con Dios mismo) en dos modos di-

ferentes, de los que deriva su potencial ambivalencia: en modo ordenado al fin de la persona y al plan divino, o en modo contrario (o más sutilmente desordenado) a dicho proyecto de Dios.

Decíamos que es en el análisis antropológico de la decisión humana (de su situarse ante Dios) donde se percibe mejor la fuerza e importancia de la afectividad. En la visión ignaciana (escolástica) de la mente humana, que hoy entendemos más completamente aún, hay un procesamiento antropológicamente complejo de los datos de los sentidos y de la percepción interior hasta que son respondidos en la acción humana. La psicología de hoy entiende mucho mejor la complejidad de los diversos momentos y operaciones, pero puede aceptar fundamentalmente el esquema tradicional.

De modo que la persona humana está ante las cosas externas—como son objetos, personas y situaciones—, pero también ante su mundo interior en forma de imaginación, recuerdo, etc. Inmediata e imperceptiblemente empieza alguna reacción ante esos estímulos hasta responder de alguna manera a ellos; es el funcionar de las operaciones internas y externas. Y aquí se inscriben aquellas palabras y expresiones ignacianas a que nos hemos referido antes. El proceso arranca con la percepción, que sucede a partir de las puertas de los sentidos o del mundo interno (por la memoria, por ejemplo) y que suscita una primera impresión de las cosas que es fuertemente afectiva, pero también intuitivamente cognoscitiva; la persona que percibe empieza a sentir y a conocer. Y el impacto puede producir diversas emociones y sentimientos, como alegría, contento, gozo; o tristeza, temor, agitación.

Podemos decir que se produce una primera moción, muchas veces esa primera moción natural que es la reacción del alma humana sin que pueda utilizar todavía la libertad para decir que escoge o deja, ni siquiera la reflexión para entender lo que pasa; todavía no ha empezado el discernimiento propiamente dicho. De estas emociones surge un primer tipo de deseo, que puede ser muy ordenado en la persona espiritual (S. Ignacio usa esta palabra principalmente en este sentido), aunque también puede tratarse de un deseo o a. desordenado o malo; esta irrupción del a. espontáneo previo a la libertad humana muestra la fuerza que tiene lo tendencial en el apetecer humano, punto de arranque de la ambivalencia del a.

Tras esta primera elaboración afectiva del impacto perceptivo inicial puede la persona hacer una elaboración segunda, en la que intervienen elementos racionales y libres, conscientes y reflexivos. En el pensar y reflexionar, en el acabar considerando opciones preferibles, en el emitir juicios sobre la verdad o valor de las cosas con las que entra en contacto, el ser humano puede confirmar su primera respuesta (valorativa y operativa) a aquella intuición, viendo que era buena. Pero también ocurre que otras veces la corrige, pues no todo lo que parece apetecible es sano, ni todo lo que da gusto hace bien [Ej 211.217].

Y al deliberar y juzgar sobre la verdad de las cosas puede generarse una nueva afectión, al comprender verdades con más profundidad, y por eso se pueden producir nuevos sentimientos, tales como el dolor o aborrecimiento por los pecados mejor conocidos [Ej 44.63], la compunción, la generosidad gozosa ante el que me ha salvado [Ej 53], el mayor amor ante el más conocido [Ej 104].

incluso uno mismo puede producir imágenes o recuerdos que le muevan afectivamente [Ej 74.78-81].

Pero con la nueva valoración se desencadenan de nuevo las fuerzas conativas hacia lo que uno desea, una inclinación afectiva y conativa que dirige las fuerzas de la voluntad en una dirección. El corazón se suele tornar más activo al ser tocado por el discurso verdadero de la razón y de la fe y, a su vez, mueve a la persona a "procurar", a "pretender", a "preferir" alguna cosa, quizá relativizando las primeras emociones o, al menos, ordenándolas en la dirección mejor. Y la persona "quiere" y "desea", se propone usar activamente su "voluntad" para elegir y decidir. Este es el proceso ordinario, el de "gustar con el afecto y ejecutar con suavidad lo que la razón dicta que es a mayor servicio y gloria divina", y es como el Espíritu Santo suele hacerse presente; "aunque es verdad que, para seguir las cosas mejores y más perfectas suficiente moción es la de la razón" inicialmente [Epp XI, 184-185]. Ya que no siempre el afecto se enciende con la sola contemplación de esas cosas mejores.

Y ya no como acto solo de la voluntad, sino como estado y resultado de una vida referida a Dios; se habla en los escritos de Ignacio del "amor"; y aunque no falten algunas adjectivaciones del amor como sensual, carnal, natural, propio, y amor desordenado a parientes; por ejemplo (cf. [Ej 89.97.150.189]; [Co 62.258.288.516.671]), en los textos ignacianos es mayoritario (casi diez veces más) la referencia a las múltiples expresiones del amor ordenado: de Dios al hombre o del hombre a Dios, de Jesús al discípulo y del ejercitante (o de Ignacio) a Jesús o a las personas divinas; amor a los superiores; o amor de los superiores a los súbditos; amor del que da Ejerci-

cios; amor al corregir o amonestar; amor a la virtud; amor de caridad ordenada; amor universal, etc.

De modo que el a. que estudiamos sucede en el mundo emotivo de múltiples sentimientos humanos; la afectividad humana es un componente complejo que aporta vitalidad a cualquier realidad humana, llena de colorido las formas frías, ayuda a manifestar los propios sentimientos y a percibir la riqueza de los ajenos en forma de alegría, cariño, confianza, ilusión. Pero hay algo de pasividad antropológica en la emoción, de sobrevenido y no controlable, que inquieta al que siente su propia afectividad; su fuerza incontralable se manifiesta a veces en reacciones fisiológicas que sólo se aceptan en paz cuando se saben fruto del amor ordenado, como experimenta S. Ignacio en su oración íntima (cf. [De 6:8.11.47-51 etc.]). Y también es cierto que otro tipo de emociones pueden desasosegar notablemente, como cuando sentimientos de envidia y el rencor, la envidia y los celos, la tristeza y el abatimiento. Y es que estos u otros sentimientos nos hacen sentir pobres y carentes de lo que apetecemos, o malos, o incapaces.

3. *Afectarse en todo para bien.* Después de considerar el contexto más amplio de la afectividad en la antropología y espiritualidad ignacianas, volvemos más directamente a nuestros conceptos. Las palabras "afecto"-"afectar" no parecen referirse tanto a la emoción primera y espontánea (con las excepciones dichas), sino al apego subsiguiente y más estable que habita al sujeto cuando ha dado por buena una valoración primera. Pero siempre con esa ambivalencia que indicamos: puede tratarse de un a. natural todavía no discerni-

do, incluso elaborado racionalmente como valor humano; o bien se trata de un a. realmente discernido a partir de la valoración racional, por la consideración de las verdades de fe. Descubiertas las cuales, y como fruto de un ejercicio libre de la voluntad, puede la persona "afectarse" en la dirección que ve como verdadera y mejor. De modo que, en cualquiera de sus modalidades, el afecto en S. Ignacio suele influir en las decisiones que se tomen, sean éstas importantes y decisivas, como es la elección de estado de vida, sean más pequeñas o coyunturales, como sería todo lo referido a la forma de vida. El corazón inclinado y afectado siempre influirá sobre los razonamientos, decisiones y actuaciones siguientes.

Pero si el afecto forma parte del apego natural y de la inclinación que se puede desordenar, también el afecto es imprescindible en las posibilidades de su renovación; la ordenación del ser humano es ante todo afectiva. La afectividad es mucho más que un componente normal de la vida, que S. Ignacio supone y reconoce; puesto que sólo "afectándose" puede la persona caminar en libertad y elegir lo que Dios quiere de ella y, de este modo, realizarse a sí misma (cf. [Ej 23]). Por eso Ignacio y otros compañeros son vistos por sus interlocutores como auténticos "maestros del afecto"; Pedro Canisio testimoniará por experiencia propia que los Ejercicios bien practicados transforman el espíritu y los sentimientos, de modo que constituyen una auténtica pedagogía del deseo ambivalente hasta convertirlo en a. ordenado. Lo vemos, por ejemplo, en la implicación afectiva que se pide al ejercitante, en las gracias que pide en las peticiones de cada ejercicio, y en los tiempos de elección.

La experiencia de los Ejercicios es impensable sin la fuerte implicación afectiva del ejercitante; se le pide el uso no sólo del entendimiento sobre el recuerdo o la historia de salvación, sino también se busca el cambio de su afectividad y sensibilidad. Tras la ilustración del entendimiento el ejercitante tiene la tarea de buscar la devoción; en las diversas Semanas se va pidiendo al ejercitante "afectarse" de diferentes modos: doliéndose y culpándose de los propios pecados (cf. [Ej 25.54.82]); moviendo los afectos hacia lo contemplado (cf. [Ej 50]); se le pide dolerse con la cruz y gozarse con la resurrección (cf. [Ej 199]); y afectarse mucho en la Contemplación para alcanzar Amor (cf. [Ej 234]). El sentimiento espiritual puede mover la afectión sensible, y la virtud no puede darse sin pasión.

En las meditaciones de la Primera Semana se piden sentimientos de vergüenza, confusión y dolor (cf. [Ej 48.55]), y no sólo el conocimiento de la historia de salvación que va sucediendo en el ejercitante; también en la repetición (cf. [Ej 63]), junto al conocimiento, se pide el aborrecimiento del pecado y del desorden propio. En las contemplaciones de Segunda Semana, el objeto de la petición es triple: conocimiento, amor y seguimiento (cf. [Ej 104]), que apunta al cambio integral de la persona en su entender, sentir y hacer. Las peticiones de la Tercera Semana tienen un sentido predominante: afectivo y empático -dolor con, sentimiento, confusión (cf. [Ej 193.203])-. hechos por quien ya tiene el suficiente conocimiento de la persona de Jesús. Las peticiones de la Cuarta Semana, de nuevo, inciden en pedir una experiencia afectiva (alegrar y gozar intensamente) apoyada en una verdad conocida por la fe ("de tanta gloria y gozo de Cristo" [Ej 221]). Y los Ejercicios terminan en

la Contemplación para alcanzar Amor, que pide la gracia de una vida integrada, con un conocimiento creyente que lleve a ser capaz de amar y servir en todo (cf. [Ej 233]); vivir el amor operativo de la primera nota del ejercicio (cf. [Ej 230]), la relación afectiva de unión con Dios y la relación discipular de seguimiento en servicio.

La necesaria presencia del mudo afectivo en la vida cristiana ante Dios se pone en evidencia también en el acto central de "ordenar su vida" en los Ejercicios, que es la elección; ésta se hace en tres "temporales", que son ocasiones de la gracia y discernimiento que sucede en tres distintas instancias antropológicas: se percibe la atracción divina de la voluntad (cf. [Ej 175]), o bien se discernen los sentimientos de consolación y desolación (cf. [Ej 176]), o se usa la razón iluminada por la fe (cf. [Ej 177-187]). En todo caso, no es la buena aquella elección apoyada solamente en la tercera racional manera, la cual se ha de complementar siempre con la obediencia y su confirmación afectiva (cf. [Ej 183.188]).

El ideal ignaciano de creyente supone una afectividad integrada y ordenada en todo, un afecto inclinado, una implicación afectiva libre en la oración y en la contemplación creyente de las cosas. No es extraño, por lo mismo, que Ignacio prefiera ver a los jesuitas en formación llenos de fervor en las letras y en el estudio más bien que remisos o tibios; aunque reconozca la posibilidad del fervor indiscreto (cf. [Epp 1. 495-510]). Pero a Ignacio no le inmoviliza la amenaza de la afectión, y de hecho usa su propio afecto ordenado en las relaciones humanas que establece, manifestando libremente en sus cartas el afecto que siente por sus familiares o benefactores [Epp IV, 268-269] y deseando respecto a sus compañeros dispuestos a darles "placer

en todo" y no "desplacer a ninguno sin provecho" en lo que manda o avisa [Epp I, 281]. Confiesa a Teresa Rejardell que Dios le da "deseos de hacer todo placer que yo pueda a todos y a todas que en su voluntad buena y beneplácito caminan" (cf. [Epp I, 99ss.]). Y sabemos que su sensibilidad afectiva se desborda en la abundancia de internas mociones espirituales en su oración como al ser informado del fruto apostólico de la C] (cf. [Epp I, 390]). Y últimamente, Ignacio cree que el a. puede ser instrumento de servicio apostólico, como dice a sus compañeros enviados a Alemania: "tengan y muestren a todos afecto de sincera caridad [...]. Con obras y verdad muestren el amor, y sean benéficos con muchas personas [...]. Háganse amables [...]. Y no dejen ir a nadie triste en lo posible" [Epp XII, 239ss.].

La pedagogía ignaciana, dentro y fuera de los Ejercicios, es inicialmente una pedagogía del silencio y del despendimiento, del despojo y de la austera indiferencia, de la conversión y de la penitencia. Pero el ideal que tiene Ignacio del cristiano (sea seglar, consagrado en retiro, o sacerdote en vida apostólica) no es tanto la abnegación cuanto el ejercicio pleno de la virtud; no es tanto el miedo o control de las emociones, cuanto el despliegue de los a. y la libertad afectiva en la predicción y en las relaciones para siempre testimoniar y hacer presente la misericordia de un Dios que, "si a nosotros conviniere, más se inclinaría de su parte a tenernos siempre consolados que afligidos; aun en este mundo" [Epp VI, 161].

Luis M^o GARCÍA DOMÍNGUEZ, SJ

➤ *Afección desordenada, Amor, Deseo, Moción, Orden, Desorden, Sentir-Sentimiento, Voluntad.*

Bibl.: CALVERAS, J., "Tecnicismos explanados I. Quitar de sí todas las afecciones desordenadas", *Man* 1 (1925) 25-42; 118-128; 307-320; *Man* 2 (1926) 21-34; 119-132; 201-214; 322-332; *Man* 3 (1927) 12-29; 112-129; *Man* 5 (1929) 124-141; Id., *Qué Fruto se ha de sacar de los Ejercicios de San Ignacio*, Librería Religiosa, Barcelona 1941; CORRELLA, J., "Los grandes deseos en los Ejercicios y sus traducciones para el momento presente", *Man* 66 (1994) 297-310; CHERCILES A., *La afectividad y los deseos en los Ejercicios Espirituales*, C]J, Barcelona 1995; DOMÍNGUEZ MORANO, C., *Psicodinámica de los Ejercicios Ignacianos*, M-ST Bilbao-Santander 2003 139-235; DELCADO, F., "Afectarse, afectar, afección, afecto, aficionado", *Man* 64 (1992) 111-120; GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M^o, *Las afecciones desordenadas. Influxo del subconsciente en la vida espiritual*, M-ST, Bilbao-Santander 1992; IARRACOURSE, I., "Afección", *Vocabulario de Ejercicios Espirituales. Ensayo de hermenéutica ignaciana*, CIS, Roma 1978, 7-11; LEWIS, J., "La place de l'affectivité chez Saint Ignace", *CSJ Sup* 44 (1997) 23-37; MELLON, J., *La Mistagogía de los Ejercicios*, M-ST, Bilbao-Santander 2001, 71-103; 185-188; MURPHY, L., "Psychological Problems of Christian Choice", *The Way Sup* 24 (1975) 26-35; OLIVERA, P. R. de, "Ejercicios Espirituales e ordenação dos afectos: como mover os afectos que nos movem", *Itaici* 14 (2004) 7-33; POURKAR, P., "Affectiões", *DSP* 1, 235-240; RUIZ JURADO, M., "L'antropologia di Sant'ignazio di Loyola", en *L'antropologia dei maestri spirituali* (BERNARD, Ch. A. ed.) Piemme, Torino 1991, 239-256; RULLA, L. M^o, "Discernimiento de espíritus y antropología cristiana", *Man* 51 (1979) 41-64.

AGERE CONTRA: ➤ *Abnegación*

AGITACIÓN

"Inquietud", "turbación", "movimiento violento", son sinónimos de "agitación". En un sentido intelectual-espiritual, la a. y la turbación expresan un movimiento extraordinario. La RAE destaca que la a. trata de un movimiento con carácter prolongado e irregular, mientras que define la "turbación" como una alteración del orden o equilibrio pre-

vios. El término, que no es frecuente en el NT, se aplica a Juan Bautista con una ironía que hace destacar aún más la solidez que un carácter poseído por el Espíritu presenta ante las tentaciones: ¿acaso pensaban los israelitas ver una "caña agitada por el viento" (Mt 11, 7)?

En el uso ignaciano, la a. pertenece al ámbito de las realidades del alma, mientras que la turbación también se extiende al mundo de las realidades exteriores. La que se agita es el alma; se agita ante los diversos espíritus. La a. puede ser, por tanto, afín a las mociones espirituales, pero se diferencia de la dimensión noética (la diversidad de pensamientos) con la que puede ser o no simultánea. El texto de los *Ejercicios Espirituales* hace uso consistente del término "agitación". A continuación, resumimos las características generales de la misma.

La a. es un fenómeno que afecta al alma. Es propio del tiempo de la desolación. Consiste en un estado transitorio del alma donde ésta se ve disminuida para hacer un uso ordinario de sus potencias naturales (memoria, entendimiento y voluntad). La a. es inducida ante los diversos espíritus. Sucede cuando ésta se convierte en el campo de batalla para la lucha entre ellos. Durante la a., el alma se debate por alcanzar la paz.

Ignacio considera el tiempo que dura la a. como un periodo de prueba espiritual (cf. [Ej 4.320]). Consecuentemente, no tiene un valor negativo. Ignacio avisa a quien da los Ejercicios y exhorta al que los hace para que se aprovechen de ella. Al director avisa proponiéndole varias Anotaciones acerca de la a. (cf. [Ej 4.6.17]) y Reglas al final de los *Ejercicios* (cf. [Ej 317.320]). El que da los Ejercicios debe estar tan aten-

to a la a. como a las consolaciones y desolaciones. Debe interpretar que aquella, siendo de menor entidad, indica que se avecinan éstas casi con certeza (cf. [Ej 6; D3, 7]). Al ejercitante le pide que resista.

La a. es una situación excepcional. Precisamente porque el alma se siente privada parcial y transitoriamente de sus potencias, el ejercitante deberá evitar hacer elección durante la a. (cf. [Ej 177]). Ignacio interpreta la a. en términos de la teología escolástica y los diversos tipos de gracias. Mientras que el ejercitante debe comprender que nunca le faltará la gracia para la salvación, debe interpretar su malestar como la ausencia de una gracia transitoria, la de la paz. En el tiempo ordinario el ejercitante tiene una paz que ha recibido gratis, pero que no le pertenece. Durante la a., privado del don de la paz, el ejercitante debe reconocer su indigencia y dependencia de Dios. Ignacio invita al ejercitante a resistir contra la tal agitación.

Debemos distinguir la a. espiritual vista para los Ejercicios de otras dos agitaciones. De la primera nos da noticia el documento *Deliberaciones de 1539*; de la segunda tenemos noticia por la *Autobiografía*. Ambas reproducen usos del término que son contemporáneos a los de Ignacio pero seguramente menos ignacianos.

Las *Deliberaciones* registran el primer uso de "agitación". P. Fabro, J. Codure o quien fuera el autor de estas páginas utilizó el verbo *agitare agitatus* en tres ocasiones para referirse a la actividad de los primeros compañeros. En el proceso de sus deliberaciones, "agitarse" parece significar ocuparse, empeñarse, atarsearse y aplicarse a la labor de determinar la voluntad de